

CAPITULO VI

ZAMBRANO: EL SER HUMANO COMO SER POÉTICO

MARÍA JOSÉ CLAVO

1. María Zambrano: Vida y obra

Antes de tratar de la filosofía de María Zambrano, sobre todo centrada en su concepción del ser humano, vamos a exponer someramente su biografía, porque en ella podemos encontrar sus fuentes y sus preocupaciones intelectuales.

María Zambrano nació en su domicilio familiar en Velez-Málaga, el 22 de abril de 1904. Sus padres, D. Blas Zambrano y D^a. Araceli Alarcón, fueron ambos maestros nacionales. Apenas tres años vivió en esta ciudad, ya que en 1907 se trasladan a Madrid, donde su madre había obtenido una plaza de maestra en una de las escuelas públicas de la capital. No obstante, hasta 1911, el matrimonio Zambrano no puede establecer un domicilio consolidado, cosa que hacen realidad en Segovia donde ambos encuentran un trabajo estable: él como catedrático de Gramática de la escuela Normal y ella como directora de uno de los grupos escolares de niñas que existían en esta provincia. En 1915, con 11 años, comienza María su bachillerato y lo termina seis años después. Asisten al instituto sólo dos chicas entre varones y D. Blas le había advertido que debería aprender a tratar con hombres o, lo que es más grave, “con muchachos que lo quieren ser”. Fue una alumna destacada y, a lo largo de estos años, lee a los autores de la generación del 98, todos ellos ampliamente presentes en la biblioteca de su padre.

Para conocer el “humus” intelectual en el que se desarrolló María Zambrano, nada mejor que indicar brevemente la actividad cultural de Segovia en aquellos años; sobre todo, aquella en la cual su padre intervendría activamente y que despertó sus inquietudes (pasiones, diría yo) y nutrió su inteligencia. J. L. Abellán en una ponencia para el *II Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano*, titulada “La Segovia del primer tercio de siglo: orígenes in-

telectuales de María Zambrano”, nos dice que en la primera década del siglo el ambiente cultural de Segovia se vio potenciado por escritores pertenecientes al pensamiento del 98. De Segovia les atraía el que era una ciudad castellana, en la que encontraron amplia documentación acerca de las tradiciones, historia y arte pura y genuinamente español. Junto a la influencia del espíritu del 98, fue un fenómeno muy importante para la ciudad la difusión de las ideas de Instituto Libre de Enseñanza, que llegaron a penetrar en los maestros y profesores de la enseñanza primaria y secundaria. En esta década tomaban realidad, hasta en las más escondidas escuelas de la provincia, los principios pedagógicos y educativos puestos en acción por las generaciones que habían recibido las ideas de Giner de los Ríos y Bartolomé Cossío. El ambiente creado por estos dos movimientos nutre la vida cultural de Segovia en aquellos años. Uno de los círculos culturales más activos estaba enraizado en el ámbito de la enseñanza, sobre todo en el Instituto General y Técnico, que mantenía fructíferas relaciones con la Escuela Normal. En ambas instituciones coincidieron personas que compartían las mismas ideas acerca de la cultura y el progreso del país, que debatían y defendían en las tertulias de la ciudad. A estas tertulias asistían, entre otros, Antonio Machado y Blas Zambrano, padre de nuestra autora. Pablo de Andrés Cobos en su *Machado en Segovia*, citado por Abellán en su ponencia anteriormente indicada, nos describe de una manera muy expresiva estas tertulias y sus efectos: “La tertulia era, real y verdaderamente, un periódico informal, que no se escribía pero que quedaba flotando en la atmósfera espesa del café y en el ánimo de cada uno de los participantes ¿En qué otro lugar de Segovia se podía hablar de todo? ¿Y en qué otro lugar se podía aprender a pensar y valorar el pensamiento, a sentir y valorar el arte, a decir con corrección y cierta gracia, a mejorar el ingenio, y a medirnos cada uno ante los otros, con lo que a la vez se estimulaba y se moderaba el propio merecimiento? En la tertulia se crecía. La onda expansiva de la tertulia era muy amplia, alcanzando a muchos que no la frecuentaban, hasta llegar a todos los intelectuales con espíritu juvenil y escosores de rebeldía”¹. Existía, además, una gran preocupación social, derivada de los propósitos regeneracionistas. María Zambrano vivió en esta ciudad de los 5 a los 22 años, es decir, la etapa decisiva en la formación y desarrollo de cualquier persona. En Segovia nació al mundo intelectual de la palabra.

Además del ambiente cultural de la ciudad, resulta interesante detenerse brevemente en las ideas del padre de la autora, Blas Zambrano, el cual

¹ Pablo de Andrés Cobos, *Machado en Segovia*, Insula, Madrid, 1973, p. 56 [citado por J. L. Abellán, “La Segovia del primer tercio de siglo: orígenes intelectuales de María Zambrano”, en *Actas del II Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano*, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga, 1998, pp.13-59].

fue uno de los más importantes dinamizadores de la vida intelectual de Segovia en aquellos años y que ejerció directamente una notable influencia sobre el pensamiento de su hija, con la que le unía una relación muy especial. Sus preocupaciones eran sobre todo, de tipo social y político, derivadas de su sentido moral. Desde un punto de vista político, Zambrano fue republicano, porque consideraba que la república era la forma más racional de gobierno. Es de valorar el hecho de que en las pequeñas ciudades provincianas españolas de aquella época, dominadas por el caciquismo, defender públicamente la república no dejaba de tener su valor. Sus ideas eran socialistas, no marxistas; combate el sistema de propiedad impuesto por las clases conservadoras por considerarlo inmoral. En otro ámbito de problemas, consideraba la poesía como forma de conocimiento, para él es la palabra universal porque conjuga la actividad de la inteligencia, el sentido moral y el gusto estético. Así mismo pensaba que no se puede entender la razón sin sentimiento, ni el sentimiento sin la razón; de manera que lo que define al hombre es que es “sentimiento intelectualizado”, lo que caracteriza también su modo de relación con los demás hombres y las cosas. Atisbamos aquí la fuente de lo que, de un modo más elaborado y de importantes consecuencias para la filosofía, María Zambrano llamó la “razón poética”.

Nuestra autora comienza los estudios de filosofía cuando aún vivían en Segovia. Es la primera vez que estudian filosofía mujeres en la universidad española. Tuvo profesores excepcionales: Ortega y Gasset, Zaragüeta, García Morente, Zubiri, Besteiro. En esta época escribe sus primeros ensayos, de tema sobre todo político y social: *Nuevo Liberalismo* (1930), *Tres cartas a Ortega y Gasset* (1930-32), y artículos publicados en diversas revistas. Estos ensayos contienen ya en germen los fundamentos de su pensamiento posterior al exilio. Se incorpora a la vida política en contra de la dictadura de Primo de Rivera, apoyando a la república. Canaliza sus actividades políticas a través de la Federación Universitaria Española (FUE) (1927-29) y a través de la colaboración en la Liga de Educación Social, cuyo objetivo era divulgar la cultura entre la clase obrera, según la línea del pensamiento socialista muy cercana a las ideas humanistas de la Institución Libre de Enseñanza. Desde el momento en que se proclama la República, María Zambrano compatibiliza las acciones pedagógicas con las políticas, ambas bien integradas en el marco socialista. Esta preocupación por la divulgación pedagógica transmitida por su padre (según la autora), le impulsó a participar en las “Misiones pedagógicas”, proyecto educativo elaborado por Bartolomé Cossío. A partir de la instauración de la República, María permanece fiel a ella, a pesar de las desilusiones que las actuaciones políticas de los diversos partidos le habían causado a ella y a tantos

otros republicanos. Su actitud política fue la de un compromiso ético con “los pueblos hambrientos de todas las hambres”. En 1933 se le planteó el grave dilema de la incompatibilidad entre su *pathos* político, traducido en activismo y compromiso vital, y su *pathos* filosófico que le exige dedicación y tiempo. Finalmente, renuncia a su absorbente actividad política, para dedicar todos sus esfuerzos al trabajo y reflexión filosófica. Ella se sentía responsable del proceso de regeneración del país y se consideraba a sí misma como un instrumento al servicio del pueblo mediante su trabajo intelectual. Al producirse el levantamiento militar de 1936, los intelectuales se organizaron en un frente llamado “Alianza de Escritores Antifascistas”, cuyo objetivo era influir en la opinión pública internacional para promover una intervención a favor de la república y contra el fascismo. Como instrumentos de expresión y divulgación utilizaron las revistas, en dos de las cuales colaboró María Zambrano, sobre todo en *La Hora de España*, que fue el órgano de expresión más importante de la Alianza. Ella formó parte del Consejo de Redacción publicando múltiples artículos dirigidos, sobre todo, a intelectuales y jóvenes universitarios de espíritu institucionalista y socialista liberal.

El 28 de enero de 1939 María Zambrano sale con su madre hacia Francia por la frontera catalana y, como anécdota, en el trayecto encontró a Antonio Machado enfermo, apoyándose en su madre y pasando a pie la línea de separación con España. María le invitó a subir a su automóvil, pero él se negó; porque deseaba sentirse uno más entre los miles de refugiados españoles que, desheredados, salían de su patria. Nuestra autora, entonces, bajo del automóvil y recorrió con él a pie todo el trayecto camino del destierro. J. L. Abellán, basándose en una obra autobiográfica de María titulada *Delirio y Destino*, interpreta el significado del exilio para María Zambrano. En ella se conjugan el exilio como destino y el exilio como vocación. Para ella no tiene el sentido de ser únicamente un accidente circunstancial en su vida; sino que, asumido radical y conscientemente, lo convierte en vocación. De manera que vivió toda su vida desarraigada. Pudo quedarse como profesora en varios países que le ofrecieron hospitalidad y estabilidad: México, Cuba, Puerto Rico, sobre todo; pero ella eligió marcharse. María nos lo explica así: “De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera adónde. Pues de lo que huye el prometido al exilio, marcado ya por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el

suyo. Y puede quedarse tan sólo allí donde pueda agonizar libremente, ir mecidiéndose al mar que se revive, estar despierto sólo cuando el amor que le llena se lo permite, en soledad y libertad”². El significado del exilio para nuestra autora, en ya escritos posteriores como *Carta sobre el exilio*, escrito en Roma en 1961, o en la *Tumba de Antígona* en 1967, es aquel en que: “El exiliado se ha despojado de todos sus ropajes y figuras, se ha despojado de todo y se queda solo en la vida y sin lugar; sin lugar propio”. Y nos dice: “Pocas situaciones hay como las del exilio para que se presenten, como en un rito iniciático, las pruebas de la condición humana. Tal como si se estuviese cumpliendo la iniciación del ser hombre”³. Esta asunción del exilio durante toda su vida choca con su vuelta a España en 1984. Sólo las difíciles condiciones materiales y prácticas de su difícil vida económica lo pueden explicar. Ella expresa lo difícil que ha sido abandonar su exilio de 40 años y el desgarramiento que le supuso, porque su exilio era su patria. Los años que vivió exiliada fueron los más productivos y originales de su vida intelectual. Marcharse de España le permitió cortar el vínculo y la dependencia intelectual de sus maestros y volar por su cuenta. Ella misma decía que, de no haber sido por el exilio, hubiera sido probablemente una fiel seguidora del pensamiento de Ortega. La fecundidad del exilio fue fruto de la libertad de pensar que le proporcionó. Por eso nos dice: “No concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que, una vez que se conoce, es irrenunciable”. Desde Francia, donde dejó a su madre y a su hermana, viaja a México, a la Casa de España, desde la que fue nombrada profesora de filosofía para la universidad de Morelia. La estancia allí duró un año, durante el cual publicó dos obras fundamentales: *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*. A finales de 1939 acepta dar un ciclo de conferencias en la universidad de La Habana y allí permanece, dando clases en la universidad y en el Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas, hasta 1946, año en el que vuelve a Europa. Durante estos años, además, es nombrada catedrática visitante en Puerto Rico para el curso 1941-42 y profesora de la universidad de Río Piedras en 1943, realizando su actividad docente en ambos países. En este periodo coincide y conoce bien a dos filósofos españoles exiliados como ella: García Bacca y Ferrater Mora. En estos años escribe y publica uno de sus libros más queridos, *La Confesión, género literario y método*; así como *Persona y Democracia*, que contiene sus ideas

²M. Zambrano, *Los Bienaventurados*, Siruela, Madrid. 1990, p. 37-38 [cit. por J. L. Abellán, *Letra Internacional* 84 (2004) 59].

³M. Zambrano, “Carta sobre el Exilio”, en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 49 (1961) 65 [cit. en J. L. Abellán, “María Zambrano: claves de su exilio”, *Letra Internacional* 84 (2004) 60].

acerca de la importancia del sistema político para el desarrollo de la persona como tal. María Zambrano fue un importante agente dinamizador de la cultura de aquellos lugares en los que llevó a cabo su actividad pedagógica y creativa. En La Habana se unió al grupo de jóvenes que editaba la revista *Escuela de Plata* y colaboró también en otras publicaciones culturales, tales como *Nueva España*, *Ultra*, etc. Además impartió conferencias en las diversas sociedades culturales del país que demandaban su presencia.

En 1946 María Zambrano viaja a París, avisada de la grave enfermedad de su madre. Cuando llegó, hacía ya dos días que había muerto y pudo conocer las penalidades que su madre y su hermana habían sufrido durante la dominación nazi. Las hermanas Zambrano permanecen en París, desde donde viajan frecuentemente. En Francia entra en contacto con filósofos y literatos, tales como Malraux, Sartre, Simone de Beauvoir y Albert Camus, entre otros. Hasta 1953 van y vienen a México y a La Habana, y en este año se instalan en Roma. Allí encuentra nuestra autora un mundo de nuevas posibilidades intelectuales y allí permanece hasta 1964. Entra en contacto con pensadores y escritores italianos y españoles; allí conoció a Ramón Gaya, Jorge Guillén, Diego de Mesa, Rafael Alberti, etc. Pero, sobre todo, fue importante su contacto con el filósofo Cioran que escribiría una obra *Historia y Utopía*, producto, según el propio autor, del encuentro con María. Por otro lado, sin embargo, las hermanas se encontraban en una situación económica muy penosa; y María empleó casi todo su tiempo en ganarse la vida, escribiendo artículos para periódicos y revistas que le exigían temas y espacios totalmente dirigidos. Ello le impidió dedicarse suficientemente a su propia obra, concretamente a su proyecto de estos años que era la elaboración y terminación del esbozo de *Los sueños y el tiempo*. En este tiempo se publican tres de sus obras fundamentales *El hombre y lo divino*, *Persona y democracia* y *La España de Galdós*, en las que estaba trabajando antes de su llegada a Roma. Desde 1964 hasta 1973 vive con su hermana en *La Pièce*, que era una casa de campo modesta en un pequeño pueblo francés, cerca del lago Lemán. Aquí trabaja intensamente, escribe *La Tumba de Antígona* y, sobre todo, *Claros del bosque*, que dedica a su hermana muerta en 1972. Esta obra fue publicada en Barcelona en 1978 y recibe un homenaje en los salones de las Naciones Unidas en Ginebra con ilustraciones de Joan Miró y otros artistas. En 1980 se instala en Ginebra con su salud muy débil y trabajando sin descanso.

En 1981 se le concede el Premio Príncipe de Asturias de Humanidades y es, a partir de entonces, cuando ella y su obra empiezan a ser conocidas en España. A raíz del Premio, surgen grupos de filósofos interesados en investigar sus obras y difundirlas en este país. Por otro lado, los reconocimientos a María

se multiplican. En 1984 regresa a España e instala su domicilio en Madrid. En 1987 se constituye en Vélez-Málaga la Fundación María Zambrano, que ella misma preside hasta su muerte. Dona todos sus bienes y derechos a la Fundación y ésta le otorga una pensión vitalicia. La Fundación es un centro de irradiación de su pensamiento: ha organizado seis congresos internacionales, ciclos de conferencias, exposiciones y encuentros con filósofos de los países por los que transitó: Morelia, La Habana, Roma, Puerto Rico, Santiago de Chile. En 1988 obtiene el premio Miguel de Cervantes de Literatura y fue una fuerte candidata al Nobel de Literatura de 1989. Muere el 6 de febrero de 1991.

2. Filosofía y poesía

Antes de pasar a exponer la idea del hombre en María Zambrano, creo importante considerar brevemente su especialísimo modo de escribir, y tratar de entender por qué utiliza la poesía para hacer filosofía, por qué tras su lenguaje poético encontramos metafísica, antropología, teoría del conocimiento, ética, política; un lenguaje lleno de belleza y recursos literarios que permiten al lector acercarse a la realidad palpitante que ella intenta transmitirnos. Nuestra autora pretende que sintamos y conozcamos a la vez, en nuestra sensibilidad inteligente, la realidad que desea compartir con nosotros, porque ella se ve implicada también en lo que dice junto con el lector. Por otro lado, conocer las razones de su escritura constituye una extraordinaria introducción a nuestro tema.

En su libro *Filosofía y Poesía*, escrito durante su estancia en Morelia (México), María defiende la idea de que entre filosofía y poesía debe darse una unidad que las integre. Del mismo modo que Heidegger, María Zambrano también piensa que nombrar el ser es traerlo a la presencia, que la palabra presenta las cosas, lo que quiere decir que las hace ser. "Ninguna cosa es donde falta el nombre", decía Heidegger. Por lo tanto, la apertura a la realidad tiene la forma de un discurso, sólo es preciso descubrir cuál es el discurso apropiado que permite la presencia del ser, porque hay formas inauténticas de discurso que se convierten en obstáculos para la verdadera apertura. Pues bien, este discurso buscado es para María Zambrano la poesía (lo mismo que para Heidegger),

pero una poesía que al mismo tiempo sea razón, filosofía. Pero por qué la poesía es la forma adecuada de discurso que permite la presencia del ser. Entre filosofía y poesía existen importantes diferencias, debidas a que una y otra son resultado de actividades distintas. El filósofo va tras la realidad que se encuentra oculta; cuando ocurre el descubrimiento, éste acontece como una revelación, que se lleva a cabo en el pensamiento mediante la palabra. El descubrimiento del filósofo es el resultado de un esfuerzo del pensamiento por penetrar en la realidad y conquistar el conocimiento, y esto acontece en dos momentos: primero, en el esfuerzo por encontrarlo; segundo, en el momento en que el conocimiento se le da, se le revela. El poeta en cambio, no busca, como el filósofo, el conocimiento; sino que su actitud es receptiva y la realidad se le entrega, porque está abierto a recibirla; pero el descubrimiento tiene lugar de la misma manera que para el filósofo, como un encuentro con una realidad que nos trasciende, como el encuentro con lo que antes se hallaba oculto. En la filosofía, este buscar que la realidad se muestre lleva consigo necesariamente unos determinados supuestos que condicionan su modo de dación. Pero ¿es posible que la realidad se nos ofrezca sin mediación? El poeta, al no buscar, no media; la realidad se le ofrece, aun antes de que la pueda comprender y de que la pueda nombrar. Lo que se revela al poeta es la realidad del origen, realidad sin forma, germen de toda forma, y esta revelación descubre al poeta su propia vinculación con la realidad esencial y ello afecta a su propio ser; de manera que la contemplación se transforma en participación y el propio ser se transforma al mirar, la mirada re-crea al poeta que mira. El recurso a la poesía de nuestros filósofos contemporáneos es una denuncia de la insuficiencia del lenguaje filosófico. Nuestra manera de hablar está condicionada por las representaciones metafísicas que impiden la forma de expresión deseada. La poesía, sin embargo, no se aleja de la vida, sigue apegada al tiempo, a la muerte, al amor, a lo irracional del sentimiento humano. El problema está en que al poeta no le parece suficiente su palabra, él busca la unidad en la filosofía como su última perfección. Por otro lado al filósofo, le parece la suya inadecuada, como hemos visto, porque no se resigna a renunciar al

sentir de la presencia originaria. Y frente a ellos está la vida pidiéndoles que descubran su sentido, sentido que es la razón de la sinrazón, unidad en la multiplicidad. Nuestra autora considera, entonces, que la palabra que nombra el ser puede ser la palabra poética que contenga la unidad del sentido, o la palabra de la razón, pero de una razón que acoja al ser en su originaria aparición, que lo respete, palabra que libere a cada cosa en su ser.

Partiendo de estos supuestos ¿qué ocurre cuando lo que queremos conocer es el ser humano? Basándonos en un estudio de Pedro Cerezo titulado “El alma y la palabra”, publicado en un libro colectivo, coordinado por él mismo, *Filosofía y Literatura de María Zambrano*,⁴ iremos aclarando cuál es el ámbito de lo humano que María Zambrano trata de hacernos conocer y por qué para ello son precisas ambas acciones: la filosofía y la poesía. María Zambrano había aprendido de su maestro Ortega y Gasset que la razón no puede ser entendida si no se vincula a la vida de donde surge, porque es una función de la vida y a ella sirve. En un ensayo de Ortega escrito en 1924, titulado *Vitalidad, alma, espíritu*, en el que el filósofo lleva a cabo una descripción fenomenológica de la estructura de la persona, indica que entre el espíritu, genérico por la universalidad de sus productos, y la vitalidad, común al resto de seres vivos naturales, los seres humanos poseemos un ámbito intermedio que “es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, de los impulsos y apetitos: lo que vamos a llamar en sentido estricto alma”⁵. A este ámbito intermedio que Ortega llama alma, María Zambrano llama “entrañas”, designando así el lugar del sentir más básico del que surge el impulso a la vida y en el que se alumbró la primera conciencia. Lo que caracteriza al alma es su intimidad, la capacidad de sentirse a sí misma cuando padece la realidad, la capacidad de quedarse a solas consigo viviendo sus “vivencias”. Según Ortega, el alma es un yo excéntrico, comparado con la razón y con nuestra vida biológica, porque puede dar la espalda a lo exterior para volverse sobre sí misma

⁴P. Cerezo, “El alma y la palabra”, en Id. (ed.), *Filosofía y Literatura de María Zambrano*, Fundación José Manuel Lara, Madrid, 2005.

⁵J. Ortega y Gasset, *Vitalidad, alma, espíritu*, en *Obras Completas II*, Revista de Occidente, Madrid, 1961, p. 462.

en su intimidad e intransferibilidad. La intimidad y la intransferibilidad son dos caracteres del alma a los que hay que añadir la expresividad, a través de la que se vierte hacia el exterior; y ello lo puede hacer porque tiene un dentro, una vida íntima que puede ocultar o mostrar.

No hay, no puede haber, ciencia del alma; porque su intimidad e individualidad escapa al carácter universal y unívoco del concepto. “Su existencia -dirá María Zambrano- constituye un obstáculo para la ciencia analítica”. Pero, se pregunta: “¿Quedará así siempre? ¿Permanecerán sin luz estos abismos del corazón, quedará el alma con sus pasiones abandonada, al margen de los caminos de la razón? ¿No habrá sitio para ella en el “camino de la vida” que es la filosofía?”⁶. Estas preguntas que se hace la autora le abren un ancho espacio de pensamiento por el cual transitará durante toda su vida. Ahora bien, el hecho de que nos preguntemos por el alma, por lo que en ella vive y acontece, es porque sentimos la necesidad de hacerlo, porque buscamos algo en esta pregunta de lo que carecemos y que esperamos encontrar en su respuesta: poder hacernos inteligibles, ordenar nuestro caos interno, poder dar forma a lo informe; y descubrir, de este modo, el sentido de nuestra historia personal y también todo lo que forma parte de nuestro destino, en lugar de andar perdidos sin orientación, atados al momento presente. Y esto lo puede hacer el alma en tanto que también es inteligencia. Sin embargo, el alma, con todo su contenido de irracionalidad, no puede expresarse adecuadamente en la palabra declarativa, sino más bien en un lenguaje indirecto, en la palabra que expresa la profundidad de la experiencia interior, del origen y del destino, de los sueños, anhelos y deseos; es decir, la palabra que alumbra y en la que alumbra la vida en su actividad viviente. El símbolo es la primera palabra que emerge de las entrañas del alma, el símbolo se manifiesta a la conciencia en los sueños (uno de los fenómenos que más interesa al psicoanálisis) y el símbolo siempre ha sido, en algún aspecto, el lenguaje de los misterios. Entre este “logos”, expresión, manifestación, inicio de claridad de los símbolos oníricos “aurora de la conciencia”, lo denomina nuestra autora, indicios de las

⁶ M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1989 (citado por P. Cerezo en o.c., *supra*).

“entrañas”-, y aun más, entre el “logos” de la música y el ritmo -lenguaje de lo más profundo y desconocido del alma, descubierto por los pitagóricos-, y el “logos” de la palabra que declara el ser de Parménides y Aristóteles, María sitúa el “logos” poético, en el que se va revelando el ser propio en la historia personal y también en la colectiva, en la medida en que ésta se encarna en las entrañas de cada uno. Vemos, pues, lo que María Zambrano quiere transmitirnos en sus escritos: nuestro mundo interno y lo que en él acontece, y para ello necesita un lenguaje que sea fiel a lo que comunica y a lo que con ello pretende.

La autora quiere establecer con el lector un vínculo interactivo, más que comunicativo, es decir, ella quiere que el lenguaje en el que se le va revelando la vida palpitante de la intimidad sirva para que el lector, al leer, experimente lo mismo que ella: el descubrimiento e inteligibilidad de lo que en él se encuentra oculto. Por eso su palabra tiene que ser viva; en ella, en la palabra, está ocurriendo un proceso de esclarecimiento, de descubrimiento, y lo que la autora pretende es que ese mismo proceso se lleve a cabo, al leer, en el alma del lector. Por otro lado, la comprensión o la revelación de elementos ocultos de nuestra intimidad tiene como consecuencia el que se opera en nosotros una transformación interna, la comprensión del sentido, la inteligibilidad de lo que somos en el hilo de nuestra historia. Pero a su vez, la palabra poética -que parece ser el instrumento más adecuado para esta actividad, vital donde las haya- busca lo que de unidad o universalidad hay en la filosofía: no basta con descubrirse uno a sí mismo, la pretensión de María es que un aspecto de lo que se nos revela, y del proceso mismo del revelarse, es universal, es decir es común a todo hombre... y eso es filosofía. De modo que el alma -ámbito del ser humano que nuestra autora quiere descubrir y revelar- es, en forma importantísima, vida primaria, originario sentir; una realidad que para ser inteligida, sentida en su verdad, es preciso que se nos presente sin mediación; por lo que requiere, entonces, un modo especial de acogida: la palabra poética en la que descubramos el “universal” de la filosofía, o una razón que la acoja sin violentarla.

3. El ser humano en la filosofía de María Zambrano

3.1 La antropología de María Zambrano en el marco de la antropología filosófica contemporánea

El tipo de antropología filosófica que elabora María Zambrano posee un perfil definido que la delimita y diferencia de otras antropologías contemporáneas. El hecho de que exista una gran producción filosófica en el campo de la antropología y de que se investigue acerca del hombre a distintos niveles y desde diferentes vertientes, genera una diversidad de líneas de investigación, difíciles de sintetizar por la gran cantidad de relaciones en cuanto a contenido y método que se establecen entre ellas. No obstante voy a referirme a la síntesis realizada por Jacinto Choza en su *Manual de antropología filosófica*⁷; porque, desde mi punto de vista, tiene la ventaja de ser simple y completa a la vez. La síntesis se hace partiendo de los distintos planos epistemológicos en los que se ha constituido y desarrollado el saber antropológico. Tales planos pueden ser resumidos en cuatro:

a) El plano empírico-positivo; en él se desarrollan las antropologías llamadas empírico-positivas que, según tematizan lo biológico o lo sociológico del ser humano, se denominan bio-psicológicas o socioculturales. Se mueven en el horizonte de lo fenoménico entendido al modo kantiano.

b) El plano lógico-reflexivo. Nace a raíz del intento kantiano de fundamentar el saber empírico positivo. Investiga la subjetividad trascendental como mundo inteligible o nouménico que se constituye en origen y fundamento del saber sobre la naturaleza misma en Kant, o incluso en origen y fundamento de la naturaleza misma en Hegel. Su versión materialista se produce cuando la subjetividad trascendental y su función fundante es sustituida por la producción material, la cual se constituye, entonces, en origen y fundamento de racionalidad.

⁷ J. Choza, *Manual de antropología filosófica*, Rialp, Madrid, 1988.

c) El plano fenomenológico-existencial que surge de la insuficiencia de los dos planos anteriores para tematizar la singularidad concreta del hombre.

d) El plano fenomenológico-ontológico, en el que se desarrolla la antropología basada en el análisis fenomenológico que arranca por las preguntas por la realidad en general siguiendo a Husserl en su “Vuelta a las cosas mismas”.

Pues bien, María Zambrano se mueve en el plano fenomenológico-existencial que comienza cuando se tematiza, como antes hemos dicho, la subjetividad singular del hombre, la cual constituye una vertiente oculta tanto para el plano empírico como para el trascendental. Esta línea de análisis es iniciada por Kierkegaard en su intento de superar el dualismo kantiano fenómeno-noúmeno, entendido en el sentido de una racionalidad impuesta desde fuera al ámbito fenoménico y, por lo tanto, extrínseca a lo real. Kierkegaard intenta acceder a lo real desde dentro, por una vía ajena a la racional. En relación al hombre, ello se expresa a través de la afirmación del papel primordial de lo irracional como fundamento de todo dinamismo humano, el cual se concreta en libertad en los existencialismos, en energía vital en el vitalismo, etc. Esta preeminencia de lo irracional como fundamento de todo lo humano es expresada por María Zambrano como aquellos aspectos de lo vital no accesibles a la razón y que, sin embargo, constituyen la fuente de donde brota la fuerza y la capacidad autocreadora del ser humano. Por otro lado, el método de investigación utilizado por nuestra autora es el de la descripción fenomenológica de los procesos introspectivos, que es la metodología propia de la antropología fenomenológico-existencial en la que se sitúa. Consiste en la utilización de la autoexperiencia concreta del hombre como el mejor camino para acceder a él. Frente a la concepción cosificadora del ser humano, propia de la ciencia empírica, cuya investigación recae únicamente sobre todo cuanto pueda considerarse como objeto, o frente a la consideración del hombre como elemento de una totalidad

sintética, cuya metodología sería la dialéctica al modo hegeliano o marxista, el hombre al que nuestra autora quiere acceder es el hombre singular, irrepetible y subjetivo.

3.2 El tema del hombre

3.2.1 Punto de partida: una filosofía de crisis. Recuperación del hombre

María Zambrano distingue en lo referente al ser humano dos dimensiones que denomina respectivamente “lo humano” y “el hombre”. “Lo humano” nace en Grecia, en el momento en que la sabiduría se convierte en filosofía: en que lo que se sabe, se hace problema. Este hecho supone un cambio profundo de actitud. El hombre griego confía en su razón como instrumento de conocer; lo cual, simultáneamente, conlleva la creencia en la transparencia racional del objeto de conocimiento. Así pues, viviendo de estos dos supuestos -la confianza en la razón y la estructura racional de lo real-, genera una actitud de protagonismo ante el mundo, porque ya no necesita las explicaciones de las teogonías y los mitos para orientarse en él, sino que a partir de ahora se bastará a sí mismo. De este modo, no sólo se le hace transparente el mundo circundante; sino también su propio mundo interno. El hombre, como objeto de conocimiento, adquiere una estructura clara, comprensible y armónica, participa de la unidad del ser y es consciente de su propia identidad. Esta concepción del ser humano se da tanto en el plano teórico como en el de la ética y la acción y permite construir una teoría general acerca de su esencia. A ello María Zambrano lo denomina “lo humano”. Junto a este aspecto tranquilizador, inteligible y controlable, encontramos otro, casi opuesto, que la autora llama “el hombre” y que es la vertiente del vivir concreto, de la existencia intransferible, de la individualidad irreductible, de lo contradictorio, de lo subjetivo, de lo irracional. Desde un punto de vista histórico, este aspecto es el primero vivido. La realidad para el hombre primitivo era lo sagrado. La realidad es hermética y el hombre, a su vez, se siente inseguro y humillado por lo desconocido. La filo-

sofía saca al ser humano de ese estado. Conoce la manera de que la realidad deje de ser opaca y la convierte en accesible y de ese modo libra al hombre de su situación ante lo ignorado. En los momentos de crisis en que lo humano pelagra de ser “deshumanizado”, reaparece el “hombre” resistiéndose a la racionalización anuladora. Nuestro tiempo es uno de esos momentos, porque vivimos en una época construida sobre los supuestos del logos cartesiano, científico e histórico, bajo los cuales lo individual apenas tiene cabida. La concepción cartesiana del ser está fundada en la existencia en él de elementos estructurales estables que le dotan de consistencia y estabilidad ontológica; lo cual posibilita la constitución de la certeza, categoría desde la cual entiende la realidad la edad moderna. La razón histórica impone una transformación a esta idea, en el sentido de que niega las estructuras estables del ser, porque lo fundamental en él ya no es la estabilidad sino el movimiento. El ser es movimiento. No está, sino que evoluciona. La única connotación que asume del ser cartesiano es que la evolución la concibe como atendida a determinadas leyes necesarias y reconocibles. Esta necesidad habida en el movimiento del ser es lo que en él hay de estabilidad y permanencia. Tanto el logos cartesiano y científico como la razón histórica reducen la realidad del hombre a su ser objeto (exterioridad y número) al que acceden utilizando una metodología propia del análisis objetual. La admiración por el saber positivo, generador de la tecnología, la sociedad masificada por los medios de información, el consumo y el culto al progreso material constituyen una buena muestra de nuestra herencia. El hombre corre el peligro de ser absorbido en el mecanismo de producción. “Es ineludible y urgente reabsorber la deshumanización en una humanización mas amplia... conjugar en una forma inédita lo humano y el hombre, todas las ganancias del conocimiento con la modesta vida del hombre sujeto a la necesidad y espoleado por la esperanza”⁸.

Así pues, María Zambrano se propone llevar a cabo una recuperación del hombre en un saber, producto, no del logos cartesiano ni de la razón histórica, sino de las experiencias básicas de la vida humana, no racionales y difícilmente racionalizables. ¿A qué experiencias

⁸M. Zambrano, “Sobre el problema del hombre”, Revista *Anthropos. Suplementos*, 2 (1987) 102.

humanas básicas se refiere cuando habla de la recuperación del hombre? Ella piensa que debe ir a buscarlas allí donde el hombre es hombre en estado puro sin mezcla de lo "humano", es decir, en el nacimiento de la humanidad, antes de que la filosofía esclarezca racionalmente la realidad. Nuestra autora ve así el nacimiento del hombre: En los primeros momentos su experiencia debió darse a nivel de sensaciones sin objetivar. El sentimiento básico probablemente fue el de sentirse perseguido por algo o alguien desconocido, debido a la proyección de la propia autopercepción sobre las cosas, incapaz de situarla dentro de sí mismo. También bajo esta experiencia primera debió latir la sensación de extrañamiento de sí mismo en relación con lo que le rodeaba. Por otro lado, no había desarrollado todavía la capacidad de discernir unas cosas de otras; no hay nombres, pues, sólo sensaciones; su mundo es caótico. Tuvo que transcurrir un largo periodo evolutivo para que fuera capaz de diferenciar e identificar los objetos como unidades cualitativas separadas por un espacio. El hombre comienza a ordenar su mundo cuando puede inventar dioses, es decir, a conferir algún tipo de entidad a aquello por lo que se siente mirado y perseguido. De modo que cuando en el universo del ser humano aparecen los dioses con figura y nombre, aparecen también las cosas y los seres. Este discernimiento es anterior y preparatorio al discernimiento lógico en el que se da ya una clasificación de los seres. En todo caso, desaparece el caos y el hombre conquista alguna orientación en su vida, termina el sentimiento de persecución y, por consiguiente, el continuo temor; porque ahora ya tiene localizado quién le ve y ello le permite entrar en contacto con él. La función de los dioses es la de hacer posible el trato con la realidad. La existencia de una realidad no humana encontrada es la matriz de toda otra realidad, origen del carácter real de todo lo que es. Para el hombre primitivo la realidad no es una cualidad, sino algo anterior a las cosas, donde radica la vida; una realidad oculta y fundante: es lo sagrado. Así, lo sagrado otorga realidad. La idea de realidad fundante se formó antes de la invención de los dioses, porque la sensación primera de persecución tuvo que estar acompañada de la pertenencia a aquel que controlaba con la mirada; y esta

experiencia personal, proyectada al resto de los seres, es lo que generó la idea de lo sagrado.

La aparición de los dioses supuso la posibilidad de preguntar. Para poder preguntar es preciso tener presente no sólo lo que es, sino también lo que no es. Siempre se pregunta por algo que no se conoce, pero de lo que se tiene una cierta noción. Por tanto, el hombre puede preguntar cuando llega a tener conciencia de su no-ser o de su no-saber. Preguntar no es sólo concretar, nombrar y dar imagen; sino que nace de la capacidad de extrañarse, origen de la filosofía, y se puede considerar como lo más humano del hombre. El desarrollo de la capacidad de preguntar lleva consigo el nacimiento de una actitud nueva, de una evolución interior: la aparición de la conciencia. La conciencia es una ruptura interna, es el ámbito que refleja. La primera pregunta que debió formular el hombre primitivo “dirigida a la divinidad ha sido la angustiada pregunta sobre la propia vida humana”⁹, no sobre las cosas o sobre cuestiones de conocimiento en general. Así pues, el desarrollo y configuración de lo humano y su existir se genera por la relación del hombre con sus propios límites, con lo irreductible a él mismo. A este encuentro con “lo otro” María Zambrano lo llama encuentro con “lo divino”: “Ésta sería, quizá, la definición más amplia de lo divino: lo irreductible a lo humano, configurado de diversas maneras según sean los aspectos que eso divino haya tomado, según sean los afanes y anhelos del hombre”¹⁰. Estas vivencias primeras constituyen la relación del hombre con lo “heterogéneo” frente a la relación racional con la realidad que se caracteriza por la aprehensión de la identidad del ser. A ellas les confiere un alcance metafísico que las sitúa en el nivel epistemológico propio de la filosofía y las problematiza desde una perspectiva transempírica que las dota de un gran interés. Todas las formas de racionalismo e idealismo, con su idea de que la razón lo penetra todo, no pueden considerar aquellos aspectos de lo real opacos o resistentes a la racionalidad; y, de este modo, el hombre, reducido a conciencia, empobrece su contacto con la realidad, ya que su conocer se limita a ser un conocer racional. Este hecho

⁹ M. Zambrano, *El hombre y lo Divino*, FCF, México, 1986, p.35.

¹⁰ *Ibid.*, p. 136.

implica consecuencias de gran trascendencia, porque no sólo determina la cantidad y calidad de realidad con la que puede entrar en relación el hombre; sino, sobre todo, determina la raíz metafísica de la vida humana: su modo de inserción en el Universo. La realidad está compuesta, según decía Ortega, por lo que es y por lo que hay pero que aún no es o que simplemente no es. El hombre en contacto con la realidad que no posee la categoría de ser: “A pesar del descubrimiento del ser y del pensar la vida humana estaba durante todos estos siglos enclavada en la realidad de diversas maneras... el pensar capta el ser y deja fuera lo que es a medias... lo que es y no es, lo que no puede entrar bajo en principio de contradicción... el pensamiento unifica todo lo que conoce... esto quiere decir aquello que hay y no es, en cuanto que de algún modo afecta a nuestra vida, no tendrá ante nuestros ojos una continuidad... este reino, el de la realidad sin ser es el de la cualidad simple”¹¹. Cualidad es el nombre que María Zambrano da a aquello que por no ser no tiene nombre. Por ello, le parece inadecuadamente racionalista darle esta denominación, pero es lo que nos puede sugerir aquel aspecto de lo que nos rodea con el que contactamos de una forma no racional. La cualidad es una pura actualidad, se nos hace presente sin un fundamento, sin una explicación suficiente; “parece estar rodeada de un abismo”. Dice la autora: “La situación del hombre postcartesiano y posthegeliano es la de aquel que, creyente en la razón como único medio de relacionarse con la realidad, se ve en la vida real rodeado de semiseres (la cualidad es un semiser ya que no puede estar suelta) irreducibles a razones, se ve acechado por cosas que no son y que parecen inconexas, es decir, por ese mundo de lo monstruoso que el arte logra de algún modo apresar. El mundo que se había llamado de la fantasía”¹².

En todo caso, parece imposible llevar a cabo una adecuación entre racionalismo idealista y vida. La absoluta racionalidad de lo real, la identificación sujeto-objeto, es irrealizable viviendo; y es que el ser humano posee un fondo insobornable a los esquemas de la razón, un fondo último del vivir que María Zambrano llama “entrañas”, donde

¹¹ *Ibid.*, p. 196.

¹² *Ibid.*, p. 196.

se encuentran todas las formas del sentir. En él se siente, instante a instante, el pasar de la vida; es un padecer que constituye lo más íntimo: se padece porque se está vivo o se está vivo porque se padece, se siente sin interrupción por el simple hecho de estar vivo. Este sentimiento profundo no puede ser reducido a la razón. Y lo que se siente es lo que no es, lo otro, lo heterogéneo, lo cualitativo, lo que no se puede nombrar porque “sólo se puede decir lo que de algún modo es”¹³. En los tiempos en que se pretende un saber absoluto, todo esto (lo que no es nombrado) queda disuelto. Por eso no es posible vivir el racionalismo. La vida humana es un deseo de visibilidad rodeado de alteridad, de aquello que está en un plano diferente al de la conciencia: “lo otro”, lo “no idéntico”: “No somos sólo sujetos de conocimiento... somos un punto de identidad rodeado de lo que no la tiene... actualidad combatida por el tiempo, impasibilidad que ha de responder por algo que vive bajo ella y que es continuo, inacabable padecer. El que un hombre, como sujeto de conocimiento no exista en estado de perfecta pureza y aislamiento... el que se levante entre la enajenación permanente que es el vivir, es el hecho, el simple hecho de la vida humana”¹⁴.

3.2.2 El hombre en identidad con su ser: el Mito del Paraíso

Heidegger nos habla del hombre como *Dasein* para designar aquel comportamiento humano con el ser que caracteriza la constitución fundamental del hombre. María Zambrano considera al hombre en cuanto *Dasein* como una realidad escindida, nacida de la conciencia, la cual engendra la distancia entre conocimiento y vida, pensar y sentir, yo y ser. Esta escisión caracteriza una situación derivada de un supuesto estado originario de inmediatez en el que se simultanean acción, pensamiento y sentimiento en un solo acto, en el que no se precisa la diferencia ontológica ni la trascendencia, ni el tiempo, ya que coincidían ser y estar, ente y ser. Las características fundamentales del ser del hombre, en identidad consigo mismo a partir del hombre escindido, son: a) Trascendemos nuestro propio ser por la conciencia que de él ten-

¹³ *Ibid.*, p. 195.

¹⁴ *Ibid.*, p. 196.

mos, este hecho impide nuestra identificación con él; b) la presencia a la conciencia de nuestro ser se concreta en una “autoimagen”. El hombre no escindido, en el que no se da la dualidad sujeto-objeto, es un ente identificado con su imagen. En este contexto Zambrano utiliza las figuras de “horizonte”, “obstáculo” y “camino” como constituyentes existenciales no presentes a la realidad del hombre en identidad con su ser: “¿Había horizonte?... el horizonte se constituye en un más allá del obstáculo a franquear. El obstáculo inicial podía ser nombrado pues que inicia un modo de vida diferente, lo que se repetirá en cada vida individual, y, entonces, del horizonte aún vislumbrado, nace el camino. Se da el camino entre algo más allá y algo que se interpone. Mas dado o buscado, el camino se tenderá siempre así. Aparece cuando el centro no se muestra de modo patente”¹⁵. Desde el punto de vista de la existencia, el horizonte tiene el significado de aquello último a lo que aspiramos, es, pues, la presencia en nosotros de la ausencia de nuestro ser deseado que trasciende, por tanto, lo que actualmente somos. Para alcanzarlo, debemos salvar determinados obstáculos. El obstáculo inicial que origina un modo de vida diferente se presenta como posibilidad de ser. Ello supone la presencia del no-ser en el ser, que es lo que caracteriza el modo de ser de la existencia del hombre como posibilidad. El hombre entendido como identidad consigo mismo excluye el modo de ser como posibilidad, porque estaría constituido como el ser ya. La noción de obstáculo implica el querer ser y no poder; por tanto, el desdoblamiento y el tiempo que María Zambrano llama “camino”, en tanto que une el ser que somos con el que todavía no somos. Frente a la noción de horizonte, el hombre no escindido está en un centro, en un aquí y un ahora concreto; pero sin tales nociones de aquí, ahora y concreto. La situación inicial modifica, en relación con la nuestra existencial, la noción de “alteridad”, la cual hace relación a la noción del “yo mismo”, ya que surge de la comprensión de “lo otro que yo”. Esta se entiende desde la apertura del ser consistente en ocuparse con lo que no es él, a lo que instrumentaliza en función suya. Pues bien, esta consideración de los seres como lo otro que yo no puede darse en un ente en el que falta la presencia a sí de su propio ser: “Es la ima-

¹⁵M. Zambrano, “Acerca del método. La balanza”, *Antropos. Suplementos* 2 (1987) 128.

gen que cada criatura tiene de sí, extremadamente en el reino de lo humano, el primer y más continuo obstáculo entre ella y los demás, y mayormente aún de aquellos que más le afectan. La interposición de la propia imagen convierte a toda presencia en alusión de ensalzamiento o reproche, la reduce y humilla a ser, ante todo y a veces no otra cosa que esa alusión, que ese signo que quien lo recibe le confiere. Y entonces, al no existir la imagen propia, tampoco surge la imagen de lo demás, que nunca puede llegar a ser “lo otro”. La ausencia de imágenes delata, en ese caso, incapacidad de alteración y, en consecuencia, evita que aparezca la alteridad”¹⁶.

La realidad, por tanto, es el lugar de la diversidad de seres, cada uno en su unidad, co-presentes, sin ocultación de lo interior y lo anterior. Lo que es se agota en su ser presente. En esta situación no cabe lo abstracto ni lo universal ni lo causal. No puede haber proyección de nuestro aparato trascendental sobre los seres de la realidad, es decir, no hay un horizonte entendido como el punto nuclear que determina nuestra interpretación de lo real; por ello, tampoco se da una cosmovisión que trascienda nuestro puro entorno perceptivo, ni especial significado de nuestra circunstancia concreta en coherencia con nuestra concepción global de la realidad, porque todas esas cosas conllevan una noción del “mas allá” del aquí y el ahora. Estas ideas que trascienden lo concreto sólo pueden ser producidas por el modo de ser de un ente que se trasciende a sí mismo, porque este hecho es el que hace posible la doble trascendencia de lo real en sincronicidad (espacio) y diacronicidad (tiempo). El espacio y el tiempo son funciones subjetivas que hacen su aparición en el inicio de la existencia. La realidad, entonces, se constituye como tal en cuanto inter-posición: el espacio como distancia que separa, el tiempo como dis-continuidad interna que constituye la existencia.

No podemos tampoco hablar de conocimiento, sino de revelación; porque conocer es buscar, ya que en él lo presente hace mención de lo ausente; es, por tanto, acción. Revelación es la presencia del ser que se agota en su ser presente, es dar y recibir; por lo que se hace

¹⁶ *Ibid.*, p. 128

en pasividad. Antes de todo esto está la palabra, “el verbo inicial”. En ella se encuentran las esencias como pensamiento que se encarnan en las criaturas, esencias y formas sustancializadas. La palabra es, pues, el ser suficiente, el pensamiento total, el ser completo. El hombre recibe su ser al recibir la palabra. Por tanto, no surge como un proyecto, no tiene que crecer ni hacerse; sino que está en su ser, su ser se identifica con su estar. La palabra primera es auténtico conocimiento, porque en él se da una simbiosis de conocimiento y vida; es conocimiento activo y creador. La serpiente en el paraíso significa el despertar de la conciencia, ella abre el camino de la autopercepción: gracias a ella el hombre se da cuenta de sí mismo y de su situación, de su poder ser y de la alteridad, es decir, a través de ella el hombre protagoniza un trastocamiento de su estructura ontológica anterior y comienza a existir: “Mas aquel que profirió la palabra irruptora tenía forma de sinuoso camino. Enrollada al Árbol de la Ciencia, era cifra y compendio de un indefinido camino a recorrer que se ofrecía así, sin desplegarse. El laberíntico camino de la humana historia, en incesante búsqueda de la perdida inocencia”¹⁷. Así, enfoca Zambrano el problema del hombre como el de un ser en busca de su identidad perdida. Este es el sentido profundo de la filosofía, siempre en busca del conocimiento suficiente que dé cuenta de lo que nos falta: busquemos completarnos. La falta de íntima relación entre conciencia reflejante y vida nos hace sentir que carecemos de algo fundamental que se expresa en el “conocimiento buscado”. El entendimiento “sale de las entrañas, todo lo que constituye lo interno del hombre, sale de ello y se queda solo frente a ello. Proceso inevitable, por lo que sabemos, parte del proceso mismo de la filosofía que luego ha de reunirlos (entendimiento-entrañas), éste es el sentido último de su andar en busca”¹⁸. De modo que no es inicialmente cuestión sólo de conocimiento, sino de actualidad del ser humano como ser vivo completo, funcionando con sus elementos bien engranados. Esta carencia fundamental que incide directamente sobre nuestro ser tiene su expresión en la existencia de una manera más directa e inmediata que en la filosofía. Se explicita en el modo de ser del hombre

¹⁷ *Ibid.*, p. 129.

¹⁸ M. Zambrano, “La respuesta de la filosofía”, *Anthropos, Suplementos*, 2 (1987)120.

como existente, siempre en tensión hacia el futuro, tratando de ser lo que todavía no es, en la continua presencia, por tanto, de su falta de ser. Esta dinámica no es sino el modo de expresión del modo de ser de un ente incompleto, roto y escindido.

3.3 Estructura y dinámica del ser humano

María Zambrano distingue en el ser humano tres niveles; de ellos, los dos primeros constituyen su ser escindido y el tercero la posibilidad del encuentro con uno mismo, la “recuperación” de la identidad perdida. Al primer estrato lo llama “psique”. Coincide con la noción del mundo inconsciente del psicoanálisis. Es la parte irracional del hombre.

a) *La psique*. Nuestro conocimiento de la psique ha sido posible gracias al estudio de los sueños. Desde un punto de vista formal conocemos su estructura mediante el análisis fenomenológico de los mismos. En esta perspectiva el sueño ofrece una gran ambigüedad. Nos presenta una realidad fenoménica de nosotros mismos, en el sentido de que en ellos se muestra nuestra vida como un espectáculo al que asistimos; y, de este modo, ocurre que, siendo lo más espontáneo, inmediato y subjetivo de nosotros mismos, es, sin embargo, al mismo tiempo “objeto” o, mejor dicho, es “objeto” el aspecto de nuestra vida que en ellos se nos ofrece, porque es independiente de nosotros, no podemos actuar sobre él. Constituye un acontecimiento en el que sujeto y objeto son una misma cosa. Otra importante característica es que el contenido de los sueños no suscita en nosotros ninguna pregunta; por el contrario, nos sentimos sumergidos en ellos como si fuera lo más natural, aunque el argumento nos cause ansiedad y angustia. Comprendemos su sentido, pero no nos hacemos cuestión de él mientras soñamos. Tampoco adoptamos una postura subjetiva en relación con él (ello implicaría el establecimiento de una distancia entre sujeto y objeto), por lo que no ejecutamos ninguna acción. En los sueños nunca somos sujetos activos, ya que las acciones que ocurren en ellos no son consecuencia de

nuestras decisiones. Mientras soñamos, estamos sumergidos en el tiempo, pero sin poderlo usar: "No tenemos tiempo". La estructura del tiempo del sueño es compacta, en ella no podemos entrar. La conciencia sólo asiste como espectadora a aquello que está sucediendo, a pesar de que sea algo tan íntimo como la sensación de un descos. Nuestro inconsciente es un mundo en el que todo está presente, formando una unidad atemporal. En los sueños emerge parte de ese universo, adoptando, sin embargo, ante la conciencia una forma temporal sucesiva. Son estos sueños los más elementales, vehículo de íntimos sentimientos de frustración. El que se sitúa en el nivel más bajo es la pesadilla, cuya peculiaridad estriba en las fuertes sensaciones de angustia, miedo, ansiedad, etc. que produce. Su expresión es puramente emocional: la queja, el grito. Son sueños sin palabras; porque son, como dice María Zambrano, "sueños llenos" en los que el sujeto se encuentra totalmente sumergido en una situación. La palabra, para generarse, necesita un espacio y una pausa en el tiempo: un orden espacio-temporal, es decir, surge al mismo tiempo que la realidad se objetiva. Para denominar este mundo subconsciente, María Zambrano utiliza unos términos que poseen gran fuerza semántica: "íncos", "entrañas", "nudo de vihoras", etc.; y, a pesar de ser el nivel menos "persona" de nosotros mismos, sin embargo, desempeña un papel esencial en la antropología zambranianiana, ya que en él sitúa la sustancia de la persona, aquello a donde hay que ir a buscar y extraer el auténtico ser sí mismo de cada cual, como más adelante veremos.

b) *La conciencia y el ser de la persona.* Conciencia y ser de la persona participan de *elementos comunes*. María Zambrano lleva a cabo el desarrollo del contenido de estos estados contando con las características de la estructura del ser del hombre que podemos apreciar en el existencialismo. Sin embargo, no explica en sus escritos tal estructura ontológica; sino que lo que describe es el modo humano subjetivo y multiforme de vivirla. Tal vez la estructura de la vida humana de María Zambrano encajaría con lo que J. Marías llama la estructura empírica, una zona intermedia entre lo ontológico y lo puramente

óntico; porque nos habla, desde luego, de elementos empíricos, pero estructurales; es decir, no casuales, sino previos a cada biografía concreta, que están ya ahí funcionando como supuestos. El problema se plantea en lo imprescindible que sea considerada para el hombre tal estructura o alguno de los elementos que la integran. Concretamente habría que analizar cuál es el significado del elemento de lo irracional para nuestra autora: si lo concibe como un ámbito del que se podría prescindir, sin dejar por ello de ser hombres (y, por lo tanto como ingrediente de una estructura empírica), o, por el contrario, el hombre sólo puede ser entendido como tal desde su actividad emocional que, de ser así, pasaría a formar parte de su estructura ontológica. Aunque falta una investigación seria sobre este tema, pienso que, en tanto el mundo irracional es uno de los polos que forman parte de la dinámica de la que surge el ser de la persona, debe ser considerado como un elemento constitutivo, imprescindible, por tanto, del ser del hombre. En todo caso, podemos exponer la antropología zambraniana a dos niveles. En primer lugar al nivel en que ella lo expone, que es fundamentalmente un nivel vivencial, como anteriormente hemos dicho, casi psicológico, si no fuera porque le da una perspectiva filosófica en cuanto al tratamiento epistemológico de su objeto y a la metodología fenomenológica que utiliza para abordarlo. En segundo lugar, a nivel ontológico, explicitando lo que en sus descripciones se encuentra implícito: la estructura existencial del ser del hombre como el *a priori* que funda y que, por tanto, permite una mas amplia visibilidad en el entendimiento de la vida interna del sujeto. Diversos aspectos complementarios integran estos estados: la temporalidad, la no identificación del hombre con su ser y nuestro ser en la realidad.

-*Temporalidad.* La psique es atemporal; la actividad de la conciencia, sin embargo, está relacionada en sí misma con el tiempo, porque éste forma la estructura esencial de la subjetividad. El tiempo es intuición pura y condición de sensibilidad interna. En tanto que pura, no procede de ninguna manera de nada que esté “fuera”, sino que forma de modo activo y espontáneo la sucesividad y se pro-pone a sí

misma este aspecto como tal: “Por tanto, como afección pura forma la esencia de un concernirse a sí mismo, cosa que es también la esencia de la subjetividad”¹⁹. En cuanto condición de la sensibilidad interna, la conciencia se vive en una dinámica sucesiva. A partir de aquí podemos entender que María Zambrano afirma que el tiempo fluye de la conciencia, porque la conciencia, en tanto subjetividad, es tiempo; lo que define formalmente todas sus actividades. Como consecuencia de la actividad consciente se disuelve la simultaneidad característica de los contenidos de la psique y al mismo tiempo se aclara la ambigüedad inherente a ella: su ser sujeto-objeto al mismo tiempo. La separación sujeto-objeto se manifiesta a partir de la actuación del sujeto en sus momentos o instantes propios: “estar frente a”, “tomar posición” y “decisión”. En este proceso hay un “antes”, un “vacío”, instante en el que no acontece nada material, sólo el movimiento del sujeto como tal, seguido de un acontecimiento material. El tiempo, que para Kant es un elemento trascendental, condición de posibilidad de nuestra experiencia es en María Zambrano el *a priori* del argumento en que consiste la vida humana, funciona como el principio de organización cuya materia es el contenido concreto de cada biografía; por lo tanto, constituye no el argumento, ni el sentido, sino el modo de vivirla. En el tiempo la vida se sustantiva, del mismo modo que la materia cognoscitiva adquiere figura en los *a priori* espacio-tiempo. Ésta es la razón por la que la fluencia del tiempo coincide de modo trascendental con la condición precedera de la propia vida humana; ambas constituyen el horizonte del nacer (desde un pasado), del crecer (del ir haciéndose) y del morir (hacia el futuro). La estructura temporal de nuestra existencia nos permite trascender nuestro ser óntico y explica otra de las funciones zambranianas del tiempo: el ser camino, el medio que se le ofrece al hombre para poder ir alcanzando el ser que desea ser desde el ser que es. El hombre, entendido esencialmente como tensión hacia el futuro, implica, como todos sabemos, una transformación de la noción parmenídea del ser, que María Zambrano expresa de este modo: “El ser ha muerto, el hombre es su heredero”²⁰ o “El camino del tiempo pasa arrasando el ser: el ser en cuanto tal y el ser de aquel que por él transita:

¹⁹ M. Heidegger, *Kant y el problema de la metafísica*, F.C.E., México, 1981, p.161-162.

²⁰ M. Zambrano, *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986 p. 45.

el hombre a lo que sabemos”²¹. El que sentimos o vivimos el tiempo es, lógicamente, la consecuencia empírica de la constitución temporal del yo. La vivencia del tiempo está entrelazada con la vivencia de nuestro propio ser y en ello confluyen multitud de elementos irracionales. Nuestra autora escribe mucho y largamente acerca de los “múltiples tiempos” en los que el hombre vive como uno de los factores decisivos en el establecimiento de la dinámica de cada cual en su existir.

-*No identificación del hombre con su ser*. La vida, dice María Zambrano, nos es dada; pero hay que hacer el vivir. El hombre recibe su vida (en sentido biológico) y con ella su ser, a él está referido. En realidad el hombre es “relativamente a su ser”, porque cada una de sus acciones se ejercitan con vistas a ser lo que va a ser. Ello significa, por un lado, la constante presencia cognitiva del ser y, por otro, la existencia como modo de ser del hombre. Ortega considera que el primer atributo de la vida es la transparencia: “todo vivir -dice- es vivirse, sentirse vivir, saberse existiendo, donde saber no implica conocimiento intelectual ni sabiduría especial ninguna, sino que es esa sorprendente presencia que la vida tiene para cada cual... La piedra no se siente ni sabe ser piedra, es para sí misma, como para todo, absolutamente ciega. En cambio vivir es, por lo pronto, una revelación, no un contentarse con ser, sino comprender o ver lo que se es, un enterarse”²². En María Zambrano “la comprensión del ser” heideggeriana está formulada como el momento en que la naturaleza se sabe a sí misma: la aparición de la conciencia. Ésta produjo una escisión interna en el ser humano distanciándole de su ser, y este distanciamiento conlleva consecuencias existenciales que anteriormente ya hemos mencionado. El resto de los seres de la naturaleza no han despertado, a lo que sabemos, no están, por tanto escindidos; más que existir, son: “El astro es sólo criatura que obedece, pensamiento de la creación, manifestación del ser; figura, ciclos... Y la planta, que tiene ya que hacer algo, pero siempre en obediencia, se soñará a sí misma en el cumplimiento de su forma, obedeciendo y aun identificándose con su sueño”²³. La constante presencia de nosotros a nosotros mismos da sentido al posesivo

²¹ *Ibid.*, p. 50.

²² J. Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, Revista de Occidente, Madrid, 1958, pp. 228-229.

²³ M. Zambrano, *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986, p.51.

“mi”: yo soy dueño de mi ser... de mi vida... de mi existir. En cada momento poseo mi ser propio porque mi propio ser es ante todo posibilidad. Y, por ser en cada caso el “ser-ahí” esencialmente su posibilidad, puede este ente en su ser elegirse a sí mismo, ganarse y también perderse, o no ganarse nunca o sólo “parecer ser que se gana”. Haberse perdido y haberse ganado sólo lo puede, por su esencia misma, el posible “ser-ahí”, “propio”, es decir, “apropiado por sí mismo y para sí mismo”. Este carácter de posesividad del propio ser, junto a que éste es esencialmente posibilidad, es el fundamento ontológico de las descripciones que lleva a cabo María Zambrano acerca de la dinámica del hombre con su ser, en las cuales explicita diferentes formas de vivir la trascendencia. De nuevo subjetiviza la estructura metafísica, hablándonos de las vivencias que se nutren de ella: “Siendo éste su ser recibido, se lo encuentra a su cargo, lo lleva y lo soporta, lo sufre en verdad, pues que le pesa; lo envuelve y hasta puede poseerlo, si ha dejado de contar con él o si cuenta en demasía... Encuentra el hombre su ser, mas se encuentra con él como un extraño, se le manifiesta y se oculta: se le desvanece y se impone; le comunica y exige... llega en ocasiones hasta negar su ser recibido... Se presenta así, le pregunta de qué clase de ser es éste del hombre que siente su ser... (el hombre) o bien difiere de su propio ser o bien dentro de su ser hay algo que le exige ir más allá de él, trascenderlo, trascenderse. Se podría así definir al hombre como el ser que padece su propia trascendencia”²⁴. O “la vida funciona desde el primer momento como la presencia y la ausencia, entre el ser que es ya y lo que no está por el momento, o no será quizá nunca. La presencia de la ausencia, signo inequívoco de la vida”²⁵. Sólo añadir que María Zambrano entiende por libertad la posibilidad que tiene el hombre de hacer algo con su ser, derivada de su no identificación con él.

-*Nuestro ser-en-la-realidad*. El hombre toma conciencia de sí en simultaneidad con lo que no es él. Se encuentra entre las cosas y ante las cosas. Entre las cosas, porque con ellas construye la dinámica de su vida; ante las cosas, porque ellas constituyen el horizonte en el que esboza sus proyectos y posibilidades. Con su ser inacabado, necesita

²⁴ *Ibid.*, p. 52-53.

²⁵ M. Zambrano, “Fragmentos sobre la naturaleza”, *Anthropos. Suplementos*, 2 (1987) 89.

de la realidad para “realizarse”, para ir construyéndose en la dirección del “todavía no” del ser. Este es el sentido de su entrada en la realidad. “Su ser pierde, a causa de la relatividad de este camino, algo del carácter del ser, no de lo que ese ser sea, pero gana en realidad”²⁶. Cuando menciona “carácter del ser”, se refiere al carácter de absoluto e invariable de la noción parmenídea del ser. En cierto modo, de la realidad podemos decir lo mismo que del tiempo: que ambos son camino y, en tanto tales, funcionan para el hombre entendido no como “ser sustancial” sino como “existencial”. Ello es consecuencia de que la existencia precede ontológicamente a ello. El hombre existe desde el ser para realizar ónticamente su vida; y, para la búsqueda y el encuentro de todos los seres intramundanos, es también su existencia la que esboza previamente un mundo en el cual cuida de descubrir las cosas y el ser de ellas. Por ello, la realidad se le presenta al hombre como total, como imagen del mundo o visión del universo, resultado de la necesaria interpretación que el ser humano lleva a cabo para orientarse, la cual mediatiza su contacto con lo real. Esta constitución trascendental del mundo humano la expresa María Zambrano de este modo: “Mas el hombre tiene otro espacio, además de aquel donde su cuerpo se mueve. Y hasta este espacio de su ser físico depende del otro espacio, del previo, aunque conquistado tan larga y duramente. El espacio donde las cosas, las circunstancias se revelan, se hacen visibles, donde él puede verlas y tratar con ellas. Y estas cosas le atañen, estas circunstancias resultan ser todas, como Tales dice, todas las cosas, es decir el Universo”²⁷. Como consecuencia de esta dependencia, el mundo con respecto al sujeto puede ser definido como aquello que le afecta. No es, por tanto, el mundo el conjunto de todas las cosas, ni tampoco la materia ni el objeto del conocimiento físico o metafísico. El mundo es esto mismo en cuanto entra el sujeto que lo interpreta y vivencia, en cuanto es para-un-sujeto un campo vital no limitado por lo próximo ni lo físico, sino integrado por todas las realidades no identificables con el sujeto mismo, y que de una u otra manera le afectan, tanto próximas como lejanas, espacial y temporalmente, físicas o inmateriales; e incluso, en la medida en que

²⁶ M. Zambrano, *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986, p. 53

²⁷ M. Zambrano, “Sobre el problema del hombre”, *Antropos. Suplementos*, 2 (1987) 98.

el yo no puede ser reducido a cuerpo ni a alma, uno y otra forman parte de su mundo. Hay diferentes modos de referirse a la realidad que se corresponden con otros tantos modos de dación de ésta. María Zambrano considera dos fundamentales: el racional y el irracional, ellos determinan el modo de inserción del hombre en el universo. Leámosla: "A partir del pensamiento cartesiano la conciencia ganó en claridad y nitidez y, al ensancharse se apoderó del hombre entero. Y lo que iba quedándose fuera no eran cosas, sino nada menos que la realidad, la realidad oscura y múltiple. Al reducirse el conocimiento a la razón solamente, se redujo también eso tan sagrado que es el contacto inicial del hombre con la realidad a un modo único: el de la conciencia... el hombre se tornaba en simple soporte del conocimiento racional con todo lo que esto conlleva de extraordinario, pero la realidad en torno se iba estrechando a su compás, a medida que el sujeto se ampliaba, diríase que absorbiendo las funciones que el alma desempeñaba antes, la realidad se empequeñecía. Pero este agostamiento de la realidad no tenía lugar de un modo uniforme, sino de un modo que ha modificado en esencia la inserción del hombre como criatura viva en el universo"²⁸. En el contexto de las interpretaciones de la realidad constitutivas al sujeto, María Zambrano lleva a cabo una exposición extraordinaria acerca de los diferentes modos de entender el mundo desde el mito y desde la filosofía. Estas interpretaciones conllevan también una interpretación del sujeto-hombre como elemento del mundo del que forma parte en coherencia con el resto del universo. Esto supone no sólo la concepción teórica de dos tipos de hombre, sino la encarnación vital de los mismos. El sujeto se modifica, no en sus estructuras ontológicas, sí en los elementos dominantes y directivos de su vida ónticamente considerada, comunes a los de las vidas del resto de los hombres que comparten o conviven la misma idea de la realidad. Lo que el mundo sea para el hombre es el hombre para el mundo y ello determina su modo óntico de entrar en relación con él, así como la selección de aquello que considera o no real; de ahí que pueda hablarse de mundos del hombre empobrecidos o enriquecidos.

²⁸ M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, FCFE, México, 1986, p. 191-192

Pero entre conciencia y ser de la persona también se dan *aspectos diferenciales*. En la descripción que María Zambrano hace del “estado de conciencia” lo fundamental es el equilibrio del yo. En realidad ofrece muchas semejanzas con el “ego” del psicoanálisis. El yo toma posesión de la realidad y la controla, es decir, configura su mundo de acuerdo con sus propias categorías. La actividad fundamental del yo en este estado es la atención a los elementos que “acechan” a la conciencia. Sobre estos elementos lleva a cabo una selección dejando pasar a formar parte de su mundo únicamente aquellos que cumplen las exigencias requeridas para ello. Por tanto, hay realidades que quedan fuera, que no se hacen conscientes. En el fondo, la atención mantiene al sujeto en una situación de pasividad, porque su actividad sirve para mantener un estado; y, por tanto, el vivir más que vivir es un estar en la vida sin más. La conciencia es, de este modo, un recinto cerrado constituido por un tiempo sucesivo domesticado, reducido a presente, para poder ejercer sobre él una visión adecuada: el pasado no existe, para existir ha de “representificarse”, es decir, hacerse presente de nuevo; el futuro queda también reducido a presente como previsible porvenir. Ciertamente los criterios de selección de lo que puede o no ser concienciado obedecen a un aprendizaje y responden al proceso de introyección de las normas sociales y morales que el sujeto lleva a cabo a lo largo de su vida en sociedad. El “estado de conciencia” así concebido constituye, en alguna medida, la base en la que se apoya la vida inauténtica, que María Zambrano caracteriza con el nombre de máscara o personaje, que todos consciente o inconscientemente representamos y que responde más a lo que los demás esperan de nosotros que a nuestro genuino ser nosotros mismos. Puede ocurrir que entre nuestro ser y nuestro personaje haya coincidencia, pero también puede ocurrir lo contrario; en tal caso, se genera en el interior de cada uno un conflicto interno ante el cual puede adoptar dos posturas: a) enmascararse (“...se reviste de su personaje ...en el que exhibe y oculta a la par”), o b) desenmascararse (“...el sujeto se despoce, se desenmascara, se va reduciendo a la unidad de su ser trascendente”²⁹).

²⁹ M. Zambrano, *El sueño creador*, Taurus, Madrid, 1986, p. 66

Esta segunda postura responde al “ser de la persona”. Su característica fundamental es la tensión del sujeto a ser él mismo. El paso del “estado de conciencia” al “ser de la persona” supone una transformación interna, un vivir la vida en otras dimensiones ajenas a la domesticación racional de la conciencia. Nuestro más genuino ser-nosotros mismos está en nuestro mundo inconsciente e irracional, el encuentro con él nos hace descubrir el sentido y finalidad que nos constituye. La elección de ser-nosotros-mismos nos hace abrirnos a escuchar esa voz interna que llamamos “vocación”, sobre la que conviene tener en cuenta:

1º) La no voluntariedad consciente en la posición del sentido de cada cual. Éste, simplemente, está ya en nosotros, nuestra función es descubrirlo. María Zambrano no entiende la vida auténtica como el camino que recorreremos y en el que vamos realizando una propuesta de ser de forma personal, racional y consciente; sino como el ser fieles a nuestro ser peculiar, el cual surge a una conciencia receptiva, pasiva por tanto.

2º) La vocación de cada uno, la llamada al cumplimiento de nuestra finalidad concreta, no procede de la autointerpretación de nuestro ser-sí-mismo; sino que procede de la realidad que nos es, realidad con la que nos encontramos y que, por tanto, no depende de nuestra actividad consciente en su configuración, porque está antes e independientemente de tal actividad.

3º) El hecho de que nuestro-ser-nosotros-mismos se genere en la psique puede tener como consecuencia el que difícilmente traspase la barrera de lo consciente, rechazado por la racionalidad del yo. En tal caso únicamente podemos acceder a él a través de los sueños, que son la única presencia posible a nuestra conciencia de lo que nuestra racionalidad rechaza. Así los sueños pueden llegar a ser el medio a través del cual entrar en contacto con nuestro ser.

4º) Se precisa, no obstante, una determinada condición previa en el sujeto para que estos “sueños del ser” adquieran peso vital significativo: la receptividad, entendida como la actitud de aceptación de lo que está al otro lado de la razón.

La interpretación de los sueños se presenta como vía de acceso privilegiada al ser de la persona. No es el argumento de los sueños el que nos conduce al descubrimiento del ser; porque el argumento es perfectamente asimilable por las categorías de la conciencia, ya que es racionalidad. Lo que nos conduce a este descubrimiento es, más bien, la forma en la que se desenvuelve el argumento más indicativo de lo que somos: “Ambiente fantasmagórico, alucinado o incomprensible para la razón, pero que está ahí, en el sujeto, que es parte de sí y como tal se expresa en su propio lenguaje simbólico, ya que con el lenguaje de la razón vigilante no siempre puede hacerlo”³⁰. El psicoanálisis interpreta los símbolos como vehículo de expresión que utiliza el subconsciente para manifestarse como alternativa a la censura de la conciencia racionalizadora. Para María Zambrano estos símbolos son muy valiosos, no por lo que ocultan (psicoanálisis) sino por lo que revelan: aluden a una realidad nuestra a la que debemos abrirnos: “Descifrar una imagen onírica, una historia soñada, no puede ser, por tanto, analizarla. Analizarla es someterla a la conciencia despierta que se defiende de ella, enfrentar dos mundos separados de antemano. Descifrarla, por el contrario, es conducirla a la claridad de la conciencia y de la razón desde el sombrío lugar, desde el infierno atemporal donde yace, lo que sólo puede suceder si la claridad proviene de una razón que la acepta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es a la par metafísica y religiosa”³¹. Así podemos acceder a nuestro ser, descifrando símbolos oníricos, que son el medio que utiliza nuestro inconsciente para expresarse. Estos símbolos manifiestan su contenido oculto a la luz de una razón que no los inter-

³⁰ F. Muñoz Vitoria, *Sueño y revelación en el pensamiento de María Zambrano*, Zero, Madrid, 1983, p. 94.

³¹ M. Zambrano, *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986, p. 77.

preta, sino que respeta lo que de irracional se encuentra en ellos. (Éste es uno de los aspectos de la razón poética). Una interpretación correcta del sueño supone que la atemporalidad de la psique entre a formar parte del tiempo de la conciencia. Es un proceso activo, en él se libera el contenido significativo de la imagen y esta liberación implica su exteriorización simultáneamente a su asimilación; tal como sucede cuando algo íntimo, antes desconocido, se hace visible. La persona en este proceso a la vez exterioriza (libera, ve) e interioriza, asimila. Este conocimiento nos hace presentes a nosotros mismos y esta presencia nos transforma. Es, por tanto, un conocimiento activo, viviente. Los aspectos más profundos de nuestro ser tienen este carácter: los encontramos (tal vez a través de la interpretación de nuestros sueños), se nos revelan; y en este descubrimiento concienciamos también algún sentido de nuestro ser que antes nos permanecía oculto. Por eso producen en nosotros una transformación personal. Son un conocimiento creador. Esta dinámica en que consiste el encuentro con nosotros mismos: elementos ininteligibles, íntimos, ocultos que descubrimos en la claridad de una razón amplia; que liberan nuestra intimidad y enriquecen nuestra persona; que nos muestran lo que somos y, con ello, nuestro sentido; y que tienen un efecto transformador y creativo sobre nosotros mismos; esta dinámica --digo-- es un proceso activo en el que no aparece la escisión habitual entre conocimiento y vida, sino una simbiosis de ambos elementos, ya que la acción de conocer es, al mismo tiempo, una acción vital. El ser de la persona es un centro ejecutivo que busca en esa ejecución la realización de su propio ser. Es por tanto, un yo ejecutivo al mismo tiempo de la acción de conocer y de la acción de transformarse a sí mismo. Estos momentos que María Zambrano llama de "lucidez de la conciencia" anulan la escisión que nos constituye y nos permiten vivirnos como seres llenos, completos, integrados; en ellos se hacen compatibles lo racional y lo irracional. Por esta razón nuestra autora considera el ser de la persona como trascendente, porque no coincide ni con la psique ni con la conciencia, sino que trasciende a ambos conteniéndolos. Como podemos observar, frente a la descripción existencialista

de la estructura y actividad del ser humano, María Zambrano propone una dinámica diferente.

Para el existencialismo elegimos en cada momento con vistas al ser que todavía no somos y en esta tensión nos vamos haciendo. Esta búsqueda del ser es, según ella, la manifestación de la necesidad de encontrar nuestra identidad perdida, de completarnos porque estamos escindidos. La escisión consiste en la separación, introducida por la conciencia, entre conocimiento y vida. Esta ruptura no puede ser superada hacia fuera. Existencia es siempre el ser fuera del sujeto, nunca identidad; lo que la sustenta es precisamente conciencia-ser. La escisión, por el contrario, puede ser superada desde dentro, porque nuestro ser está en nosotros. Basta dejarle emerger a una conciencia abierta (razón poética), para que se constituya una simbiosis activa de conocimiento y vida transformadora y creadora. Por eso ser es emerger, surgir, expandirse, crearse. Frente a las coordenadas espacio-temporales del existencialismo, que se presentan, en cierto modo, como los obstáculos que hay que recorrer para llegar a ser lo que aún no se es, el espacio-tiempo zambrano adquiere el carácter facilitador de la emergencia y expansión del ser.

En síntesis, el ser de la persona es un centro ejecutivo que busca en esa ejecución la realización de su propio ser. Es, por tanto, un yo ejecutivo al mismo tiempo de la acción de conocer y de la acción de transformarse a sí mismo.

Bibliografía

- Abellán, J. L., "La Segovia del primer tercio de siglo: orígenes intelectuales de María Zambrano" en *Actas del II Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano*, Fundación María Zambrano, Vélez Málaga, 1998, pp. 13-59.
- Abellán, J. L., "María Zambrano: claves de su exilio", *Letra Internacional* 84 (2004) 59-60.
- Bundgard, A., "El pensamiento político en las obras de juventud de María Zambrano" en *Actas del II Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano*, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga, 1998, 149-162.
- Cerezo, P., *Filosofía y Literatura en María Zambrano*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2005.
- Choza, J., *Manual de antropología filosófica*, Rialp, Madrid, 1988.
- Heidegger, M., *Kant y el problema de la metafísica*, FCE, México, 1981.
- Maillard, Ch., *El monte LU en lluvia y niebla*, Diputación Provincial, Málaga, 1990.
- Mora, J. L., "El pensamiento vivo de Blas Zambrano", en *Actas del II Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano*, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga, 1998, pp. 519-532.
- Muñoz Vitoria, F., *Sueño y revelación en el pensamiento de María Zambrano*, Zero, Madrid, 1983.
- Ortega y Gasset, J., *Vitalidad, alma, espíritu*, en *Obras Completas II*, Revista de Occidente, Madrid, 1961.
- Ortega y Gasset, J., *¿Qué es filosofía?*, Revista de Occidente, Madrid, 1958.
- Ortega Muñoz, J.F., *Biografía de María Zambrano*, Ed. Arguival, Málaga, 2006.
- Sánchez-Gey, J., "La evolución del pensamiento de María Zambrano: la primera década del exilio 1940-1950", *Pensamiento* 58/22 (2002) 227-253.
- Zambrano, M., *Delirio y Destino*, Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid, 1998.
- Id., *Los Bienaventurados*, Siruela, Madrid, 1990.
- Id., "Carta sobre el Exilio", en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* 49 (1961) 65.
- Id., *Filosofía y poesía*, FCE, Madrid, 1993.
- Id., *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1989.
- Id., "Sobre el problema del hombre", *Anthropos. Suplementos* 2 (1987) 95-102.
- Id., *El hombre y lo Divino*, FCE, México, 1986.
- Id., "Acercas del método. La balanza", *Anthropos. Suplementos* 2 (1987) 128-129.
- Id., "La respuesta de la filosofía", *Anthropos. Suplementos* 2 (1987) 116-120.
- Id., *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986.
- Id., "Fragmentos sobre la naturaleza", *Anthropos. Suplementos* 2 (1987) 87-90.
- Id., *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1990.